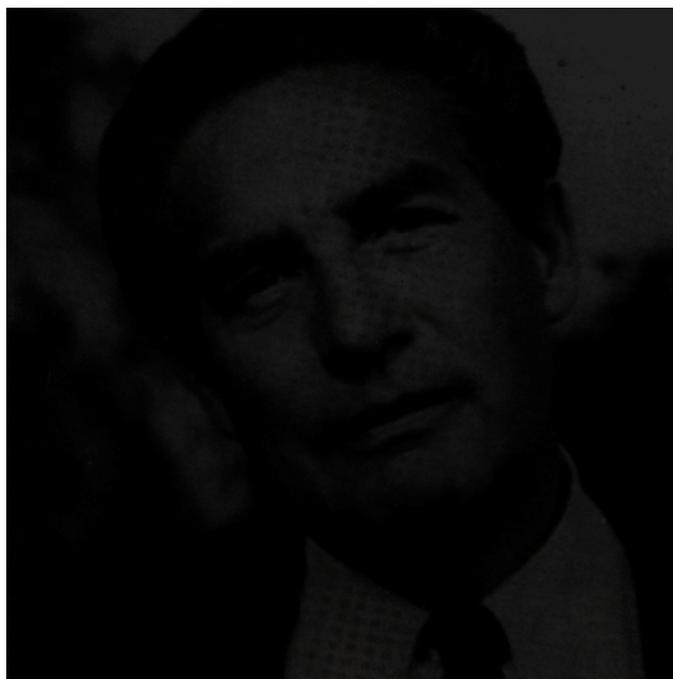


Octavio Paz: Elogio y disensión

Eloy Urroz



Cuando me invitaron a escribir “algo” sobre Paz, ahora que cumple ochenta años, merodeé qué podía decir que no hubiese sido ya dicho. Tarea muy difícil. Sin embargo, creo que cada generación puede “pensar”, “reflexionar” o “leer” a Paz de modo diferente y, cada una, por el simple hecho de hacerlo, podrá decir “algo” distinto y, a la postre, no dicho. Mi generación, los que nacimos en los sesenta, no fuimos de ninguna manera refractarios al espíritu y el magisterio de Paz –afortunada y desgraciadamente. Es más, creo que al igual que sucedió con generaciones anteriores (pienso en la de Montes de Oca y Tomás Segovia, la de Fabio Morabito y David Huerta, por poner dos ejemplos), el poder persuasivo de la prosa, la poesía y el pensamiento paciano llega a ser, en momentos, devastador, contraproducente.

Para un poeta de mi generación, Paz resultó tan contemporáneo como Juan Ramón Jiménez o Vallejo. Un privilegio sin duda. Nunca olvidaré unas palabras suyas: “Un gran escritor debe sobrevivir a su tiempo”. Y él sin duda lo hizo. ¿Cómo? Es una pregunta imbricada de contestar. No pretendo hacerlo ahora. Prefiero recordar aquí la experiencia decisiva que fue el encuentro con él –no con el hombre sino con su poesía, o mejor: el hombre que habita en sus poemas, y me dijo “algo” que los demás hasta entonces no me habían podido decir.

Como miles de jóvenes tuve, como libro de cabecera, *Libertad bajo palabra*. Puedo confesar que amé ese libro. Tal vez todavía pueda amarlo y no lo sé. Es una situación difícil de precisar, como sucede con las novias pasadas. ¿Aún se aman? ¿Se les recuerda por lo que fueron? ¿Se les ama sólo en el recuerdo? ¿Se les guarda entrañablemente porque, en su momento, importaron demasiado? ¿Acaso porque estas novias decidieron una vocación, dieron un giro inesperado a nuestras vidas? Puede ser cualquier cosa y ser verdad. Lo mismo para mí *Libertad bajo palabra*

entre los catorce y dieciocho años. Algo más: entonces no podía imaginar que esa novia literaria era un ser ubicuo que podía estar justo al mismo tiempo en la cabecera de miles de jóvenes que, como yo, leíamos a Paz por las noches y perdíamos inmediatamente la noción del tiempo y, por ende, cualquier noción material. Paz nos sublimaba, nos hacía poetas, nos contagiaba de manera furibunda. Ése fue el magisterio que actuó en mí y no otro. Ése el que guardo con respeto y admiración porque pocos como él lo han hecho y de manera tan prolongada. Sin embargo, los demás personajes agazapados en el gran poeta fueron, con lentitud, haciendo que el adolescente que había en mí perdiera irremediablemente la fe en él. Y creo que, con todo, esto es lo peor que a cualquier joven puede pasarle con un autor (con un autor predilecto), y también lo peor que puede llegar a sucederle a ese autor frente a un adolescente que luego deja de serlo: el desprestigio. Son palabras crudas, lo sé. Sin embargo, es curioso: al escribirlas pienso en un escritor que ya se fue pero que antes nos dejó sus libros, sus poemas magníficos, la luz. Desgraciadamente para Paz, eso a mí me pasa; afortunadamente para esos libros..., esos poemas..., eso a mí me pasa.

Pero ¿por qué dejé a la amada, qué sucedió con mi lectura de *Libertad bajo palabra*, *Árbol adentro*, *Los hijos del limo* o *Cuadrivio!*? En realidad no los abandoné. Los puse a un lado –y lo hice, creo, a tiempo. Preferí esperar, leerlos algún día de otro modo. No quería que me pasara igual que a otros –tal y como decía Vargas Llosa les sucedía a muchos jóvenes de su tiempo con respecto a Borges–: aparecían Borgitos por todas partes y, tristemente, todos contrahechos. Me temo que hoy por hoy eso ha ocasionado el magisterio de Paz –aquel magisterio que intenta ir más allá de su poesía y quiere entrometerse en todo y con todos, *incluso a través de su poesía*. Me di cuenta de ello antes de cumplir veinte años. Docenas de jóvenes empezaban a sucumbir en la infausta tentación. ¿Había entonces que evadirla? ¿Había que cuidarse a tiempo de ella? Para un poeta nacido en 1967 la situación –era claro– se complicaba. Había que leerlo, sí, pero no imitarlo. Pero ¿cómo se podía hacer eso si el influjo era, a la postre, tan devastador y tan persuasivo? Creo que muy difícilmente: a base de guardar ciertos miramientos y, sobre todo, mucha distancia. No había que perder la cabeza, es decir, el criterio. Eso hice o eso intenté hacer. Y como yo –me he dado cuenta– varios de los mejores poetas de mi generación.

¿Qué sucede con la experiencia paciana?, es algo que repetidamente me pregunto y apenas logro contestar. Por otro lado, ¿por qué una experiencia tan honda y, en muchos casos, imborrable, logra volverse contraproducente y peligrosa con el paso del tiempo? Quizá suceda con Paz algo semejante a lo que pasó en su tiempo con Hesse, con Lawrence o con

Sartre. Y es que en ciertos momentos culminantes de sus vidas (luego de habernos dado lo mejor que podían dar) empiezan a desvariar y, por tanto, a descarrilar a muchos junto con ellos. Si, en principio, encontramos en Paz a un hombre que *verdaderamente* nos habla desde el fondo de la condición humana –ése es el Paz de la experiencia erótica, la libertad, la transgresión– y, a la vez, encontramos al “ser” que nos habla de lo profundo del espíritu y el corazón humano –ése es el Paz de lo sagrado, el Paz que se conecta en ciertos momentos con el Otro–, hay, tristemente, un tercer Paz que pesa sobre nuestras cabezas del que yo abomino y, lo confieso, del cual me defiendo. Así, pues, tanto como debe hacerse con Lawrence, como debe hacerse con Hesse o también con Sartre, debe guardarse una “distancia” con Paz para no confundirse y, sobre todo, *para no abdicar a nuestra propia voluntad* –lo que ha sucedido con muchos–, lo máspreciado, lo más precioso que un poeta (un escritor) puede tener. Quizá lo único.

Por eso yo sólo guardo alegría por el poeta que, en algún momento, me dijo algo sobre la mujer que sólo Novalis y Owen podían decir o, por aquel otro, que “entendió” a Pessoa, a sor Juana, y me los enseñó. Lo demás, lo repito, es chatarra y el tiempo lo verificará. Lo más curioso, me atrevo a pensar, es que él lo sabe perfectamente; también que a él le aflige y, sin embargo, ya no puede hacer nada.



Con Jorge Guillén y Stephen Gilman (Cape Cod. 1969)

Por último, creo firmemente que aquellos que “vimos” lo que podía suceder si nos convertíamos en pequeños y curiosos Paz, los que tuvimos la precaución y decidimos guardar nuestras distancias, podremos –en el futuro, con el paso del tiempo– leerlo mejor, comprenderlo mejor. Y no digo leerlo “objetivamente” por la sencilla razón de que a Paz (el poeta del que yo hablo) hay que leerlo subjetivamente, si no... no se lee. En otras palabras: siempre es mejor olvidarse del autor que escribió los libros para no confundirlos, para amar los segundos nada más.